



Subirachs

Josep M. Subirachs es uno de los grandes nombres del arte catalán de la segunda mitad del siglo XX. Por él atraviesan muchas de las tensiones de una época de transición del arte figurativo a nuevas formas de expresión. Fue muy criticado cuando asumió como propia la continuidad de las obras de la Sagrada Família, olvidando que en 1965 había firmado el manifiesto que decía que “nadie que respete de verdad la obra gaudiniana puede colaborar en esta mixtificación”.

Cuando recibió el encargo de decorar escultóricamente la fachada de la Pasión, pidió poder instalar su obrador en el templo. Allí vivió solo, modestamente, durante más de veinte años. Y aguantó estoicamente un escarnio público de grandes proporciones, aquella sonada performance que le dedicó la revista *Àrtics* del amigo Vicenç Altaió, traficante de ideas y gran maestro del agit-prop cultural.

Subirachs hizo en la Sagrada Família cuatro grandes puertas de bronce y más de cien figuras angulosas, de un hieratismo sólido, en piedra a menudo áspera al tacto, sin pulir. Su mismo Cristo, tan expresivo, transmite una sufrimiento que contrasta con las dulzuras pesebrísticas de la fachada del Nacimiento.

Creo que se podría decir que Subirachs era un ser inmerso en las cosas, un espíritu que amaba y conocía muy bien los materiales que sometía a su voluntad para que expresaran lo mejor de ellos mismos.

Un artista conviene que sea también un artesano, dominar bien las técnicas, si quiere explorar nuevos caminos. ¿No es esta relación de amor y de transformación, esta proyección de

El escultor murió en abril del 14; su posteridad pasa ahora un cierto purgatorio, pero su obra perdurará

la mente a través de la mano, esta colaboración de los artesanos con los artistas, lo que hizo grande el renacimiento, lo que hizo grande el modernismo?

El arte es lucha y es formalización y la escultura la más dura prueba que la fuerza física es también necesaria. Subirachs conocía propiedades y valencias de la piedra, el hierro o el bronce, dibujaba con precisión, conceptuaba mundos, pensaba en imágenes. Y esto es evidente tanto en esculturas como en dibujos y en pinturas, en grabados, litografías, carteles, tapices, escenografías y diseños de joyas y medallas.

Josep M. Subirachs era un hombre leído, preocupado por las grandes cuestiones, muy mental, muy metafísico. Autodidacta, se forjó una personalidad artística de primer orden. Si veía que su obra no era “entendida”, sufría: quería llegar a la gente, que su obra fuera popular. Venía de la tradición artesanal del Poblenou, de las vivencias ateneísticas y los sueños icarianos. Que el espléndido espacio museístico que le ha dedicado ahora su hija Judith esté junto al lugar donde nació adquiere valor simbólico.

Murió en abril del 14. Los últimos diez años los pasó prisionero de una implacable enfermedad degenerativa. Su posteridad pasa ahora un cierto purgatorio. Pero su obra perdurará. Visitar el Espai Subirachs es una muy buena manera de constatar su valía artística. Y un merecido desagravio.